

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 765 Domingo 25 de Junio de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Buenos días, querido Alfredo**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Alfredo Amestoy: «Lo más grave de este país es que hay 1.800.000 hijos únicos»**, *Javier del Castillo*
- ✚ **Marañón y las élites líquidas**, *Jesús Camacho*

Buenos días, querido Alfredo

Emilio Álvarez Frías

Ao te puedes hacer idea, querido Alfredo, las ganas que tenía de que hoy amaneciera para saludarte, para mandarte un abrazo, y para decirte que anoche disfruté enormemente leyendo la entrevista que te hacen en *theObjective*. Han pasado muchos años desde que coincidimos y tuve la osadía de pedirte algún artículo para lo que yo en aquel momento publi-



caba. Porque, aunque unos años nos separan de generación –tú eres de «después» de la guerra y yo de «antes»– teníamos las mismas ganas de trabajar, de contar cosas, de decir-las como considerábamos se tenían que describir, sin tapujos. A mí no me escuchaba Franco, pero no fueron pocos los roces que tuve, no sé si con él, pero sí con sus ministros y a la greña con el presidente del Gobierno Carrero Blanco. Tú disponías de los micrófonos a donde podías lanzar las palabras como Rafael Nadal o Carlos Alcaraz hacen con la pelota en la pista, con un volumen

que era difícil acallar, pues en su potente voz se incorporaba la verdad de lo que decías; y contabas con la prensa para que recogieran tus escritos, que

parecían el resultado de ir soltando palabras en un paseo por el Parque del Retiro; yo escribía calladamente mis artículos de aprendiz, y, para publicarlos, solo disponía de los periódicos que en aquél tiempo hacíamos a ciclostil, manchándonos las manos, aunque con el tiempo ya pudieron salir en letras de imprenta.

Éramos gente que trabajaba sin descanso, que no ponía pegas a nada, que lo hacía con generosidad, que marchaba por un camino que nos parecía era el adecuado para sacar a España del hoyo que la había dejado la guerra, aunque por ese camino encontrábamos pedruscos que nos costaba saltar pero que, tú y yo, tratábamos de poner de manifiesto para que se quitaran.



No nos veíamos demasiado pues andábamos por lugares distintos y, cuando nos encontrábamos por alguna circunstancia, pero siempre respondías cuando te pedía un artículo. Pasando el tiempo, se fueron sucediendo «las vidas» que cada cual hubimos de seguir y, aunque te ale-

jaste dando un salto a la tierra del antiguo reino ziri de Granada, es normal que nos crucemos una carta al llegar las Navidades.

Fue pasando el tiempo y tuviste la fortaleza de, sin dejar tu afición a las letras, buscar otro quehacer y otros aires, cambiando Madrid por Motril y Salobreña, e iniciar el cultivo del aguacate... sin saber yo hoy día si alguno de los que como proceden de tus tierras. Y en esa tarea has publicado ahora el libro *Mis siete vidas*, que ya he pedido a La Casa del Libro.

Yo siempre anduve con mi profesión de discutir continuamente con los números; y, aunque no en todos los momentos con la misma regularidad, escribir mis artículos para desahogarme, para contar a mis paisanos gratuitamente cosas que consideraba necesario supieran con el fin de que espabilaran. Afortunadamente pasé a que esos escritos se leyeran en papel impreso –o en la pantalla del ordenador–, tuve la oportunidad de dirigir alguna revista de corta tirada, siguiendo por el mismo derrotero por más que ya cuesta andar enfrascado en esta tarea.

Seguro que disfrutaré enormemente con la lectura de tus *Siete Vidas*, pues, además, en algo coincidirán con las mías, que no sé cuántas han sido, pero sí varias, te lo aseguro.

Un fuerte abrazo, querido Alfredo.

Alfredo Amestoy: «Lo más grave de este país es que hay 1.800.000 hijos únicos»

El periodista retrató como nadie en televisión a la sociedad del cambio. Fue un innovador, difícil de dobligar, como su flequillo: «la mejor herencia de mi padre»

Javier del Castillo (*theObjective*)

El flequillo de Alfredo Amestoy –como el de Jesús Hermida, la pipa de José Luis Balbín o el bigote de José María Íñigo– forma parte de la historia de nuestra televisión. Pero es también la seña de identidad de un espíritu libre y rebelde. La imagen de referencia de un bilbaíno ya octogenario que cultiva aguacates en Motril (Granada) desde mediados de los setenta.

En las postrimerías del franquismo, cuando presentaba con José Antonio Plaza el programa 35 millones de españoles –ahora somos ya 47–, varios ministros de Gobernación intentaron cortar el flequillo. Molestaban sus gestos, sus críticas y las denuncias que hacía de algunas cosas que estaban pasando. Le echaron varias veces, pero volvían a llamarlo de nuevo, porque –según le contaron muchos años después testigos presenciales– a Franco le hacía mucha gracia ese del flequillo, y además le permitía informarse de problemas que sus colaboradores intentaban ocultarle.

Luego, en 1983, llegaron los socialistas a Prado del Rey y le pusieron ante la tesitura de reciclarse ideológicamente o seguir siendo libre e independiente desde casa. Optó por lo segundo. Dejó de trabajar en la televisión pública, en la que nunca tuvo una nómina, y empezó a colaborar en Telecinco, al lado de su buen amigo Valerio Lazarov. Su inconformismo y rebeldía fueron siempre innegociables.

Algunas de las peripecias vividas de aquellos años –de las que habla en *Fuera de micrófono*– están también recogidas en su reciente libro de memorias, *Mis siete vidas*, publicado en Granada por la editorial Alhulia.

Hay, eso sí, algunos detalles que no ha contado o que ha contado cambiando los nombres de sus protagonistas para no hacer daño. Al terminar esta entrevista, seguimos conversando y recordando historias por el Paseo de Coches del Retiro, hasta llegar a la caseta en la que esa mañana primaveral le toca firmar su libro de memorias, *Mis siete vidas*.



PREGUNTA.- En los años 80, después del éxito de 35 millones de españoles, dejaron de contar contigo en TVE. ¿Por qué?

RESPUESTA.- La llegada de los socialistas al Gobierno, en el año 82, supuso una limpieza enorme. Los conversos, los que se convirtieron en seguida al socialismo, con la misma rapidez que los falangistas se habían hecho monárquicos, no tuvieron problemas. Los franquistas se hicieron socialistas. Aquello fue rápido. Todo es muy rápido.

P.- ¿Se le ocurrió entonces cultivar aguacates?

R.- No, el cultivo de aguacates fue anterior, en 1974. Yo soy nieto de agricultores y mi patrón es San Isidro. Fue una casualidad. Yo iba mucho a Almería, por los rodajes de las películas. A la vuelta, cogíamos el avión en Málaga y en ese trayecto pasábamos por Motril. Entonces se decía que del túnel de Despeñaperros para abajo no era España. Cuando nadie quería saber nada ni con los almerienses, ni con los malagueños, ni con los granadinos, los de Motril, que habían sido cantonales y habían tenido moneda propia, se hicieron granadinos. Y yo me hice motrileño. Eso, sumado al momento que se vivía en el País Vasco, facilitó la llegada de muchos paisanos a Andalucía. La ETA tuvo la culpa del traslado de mucho capital vasco a Andalucía. Qué duda cabe.

P.- ¿Qué hay que hacer para mantener la vitalidad y el flequillo de siempre, con 82 años recién cumplidos?

R.- Lo del flequillo atribúyeselo a mi padre y a mis abuelos. La mejor herencia que me dejó mi padre fue el pelo. Y algunas acciones de Iberduero (ahora Iberdrola), donde había trabajado. Empezó de joven en esa compañía y las acciones de Iberduero eran muy queridas por mi padre. Me dejó el pelo y las acciones. Las acciones no suben y el pelo no se cae.



P.- Siempre fuiste innovador y algo rebelde...

R.- Fui rebelde durante el franquismo. Y, cuando a mí me dice José María Calviño, el padre de la ministra de Economía, que hay que convertirse, renovarse y reciclarse, le digo: yo no tengo que reciclarme, soy independiente y

nunca he estado en nómina. Luego, no debo nada a nadie. He sido y sigo siendo colaborador. No, no, Alfredo, hay que reciclarse. Entonces le dije: lo siento, pero parece que no va a ser así. De hecho, ya el programa *Visto y no visto*, que fue mi último trabajo en TVE, era un programa de despedida. Fue un espacio muy innovador. Me has hecho el gran elogio: que he sido innovador. Lo que más me apasionó del medio televisivo –después de haber hecho mucha prensa y radio– fue la posibilidad de hacer cosas nuevas. Los periodistas de prensa, incluido Jesús Hermida, pasamos muy bien a la televisión. La gente de radio tenía ciertas dificultades, porque no tenía entre manos el valor de la imagen. Sin embargo, el reportero de prensa trabajaba con fotografía siempre. Hubo excepciones, como Matías Prats Cañete y su hijo (Matías Prats

Luque), que se acomodaron bien a la televisión. Joaquín Soler Serrano, con dificultad, aunque sólo hacía entrevistas. Tampoco se acomodó bien Bobby Deglané. Los profesionales de la prensa llevábamos la imagen dentro del cerebro, dentro del ojo.

P.- Trabajaste algunos años en el diario *Pueblo*. ¿Qué tal te llevabas con su director, Emilio Romero?

R.- Tenía un carácter muy fuerte, muy fuerte, pero con los recién llegados era muy cariñoso. Él solía decir: has llegado a un periódico muy permeable. Recuerdo que un día Emilio Romero reunió a toda la redacción de *Pueblo*, cuando todavía estaba en la calle Narváez 70, pidió silencio y dijo. «Ha llegado hoy un muchacho aquí (José Antonio Plaza) y me acaba de decir que se vayan preparando porque viene a trabajar muy fuerte. Dice que se ha casado con la noticia». Entonces, Tico Medina se puso de pie y contestó: director, eso a nosotros no nos importa, porque –concretamente yo– puedo decirle que, «si él se ha casado con la noticia, yo le voy a poner los cuernos». Era una redacción vibrante, de plena guerra. Yo en el mes de diciembre de 1982 llegué a sacar siete portadas. Era una guerra para ver quien saltaba a la portada del periódico.

P.- ¿Una dura competencia?

R.- Una auténtica guerra. Era precioso, como si estuviéramos en Fleet Street,



la calle de los periódicos en Londres. Fue una calle fabulosa. Los bares eran de periodistas, apasionante.

P.- ¿Por qué no se hacen ahora programas tan valientes y provocadores como los que tú hacías hace cuarenta años?

R.- La jerarquía que tenía entonces TVE era fabulosa, hasta el punto de en 35 millones de españoles, cuando subió la electricidad a cotas más altas de la que ha tenido ahora, tuvimos fuerza para llevar al programa nada menos que

a Iñigo de Oriol, el rey del kilovatio. Tuvo que comparecer. TVE era una potencia y estos programas de denuncia eran muy explícitos.

P.- En algún sitio he leído que Franco le defendía de sus detractores.

R.- Muerto Franco, varios ministros me confesaron por qué cuando tenía que dejar la televisión, al entender el ministro de la Gobernación que era molesto, volvía de nuevo al poco tiempo. ¿Sabes por qué era? Pues porque Franco decía: que ese continúe, pues gracias a él yo me entero de muchas cosas. Ese fue el motivo. Hasta veinte años después no supe que Franco había velado por mi continuidad en televisión.

P.- Tu libro de memorias, publicado hace muy poco, se titula *Mis siete vidas*. ¿Siete vidas dan para mucho?

R.- Es una forma de desglosar una vida azarosa. Yo le doy mucha importancia al azar. Me hice periodista para poder estar con gente con la que normalmente no puedes estar. Gente muy brillante, gente muy famosa y gente muy rica. He tratado con banqueros que de otra forma no habría podido tratar. El periodista tenía acceso a este tipo de gente. Ahora ya no. Entonces, cuando llegaba a Barajas una personalidad, íbamos al aeropuerto cinco periodistas. Ahora pueden ir setenta. Éramos cuatro gatos, esa es la verdad. En eso, como en todo. Y podíamos aspirar a muchas cosas. Yo también quise ser periodista para poder viajar, para poder estar con artistas... Ganábamos muy poco dinero, pero conseguíamos esas vivencias, caprichos y lujos. Cuando le expliqué a mi



madre que quería ser periodista, repitió lo que decían todas las madres: antes prefiero que seas pianista en un prostíbulo. Teníamos muy mala fama. Fama de mujeriegos, borrachos... Mala fama, a veces ganada a pulso. Trasnochábamos mucho. En el *Diario Madrid* yo hice durante dos años la noche y trabajaba desde las ocho de la tarde hasta las cuatro de la mañana.

P.- ¿Somos un país diferente y capaz de cualquier cosa?

R.- Así es. El programa 300 millones estaba a cargo de un señor (Gustavo Pérez Puig) que no había viajado a América. En Telecinco, a donde me llevó Valerio Lazarov, (Valerio y Chicho han sido fabulosos en mi carrera) estaba de presidente un ciego: Miguel Durán. Que un ciego dirigiera una televisión es lo mismo que si un sordo dirigiese la Orquesta Nacional o una cadena de radio. Pero no pasa nada. El propio Valerio Lazarov también era otro genio y a su entierro fueron cinco o seis mujeres. Era, aparentemente, un hombre de una gran fidelidad a las mujeres y sin embargo tuvo seis matrimonios.

P.- Gracias a 300 millones descubrió buena parte de América. ¿Qué significó para ti esta experiencia?

R.-Yo ya había estado en América. Me casé en EEUU y soy un enamorado de Nueva York. Nos ocurre a muchos. También estuve en México con la familia Azcárraga, propietarios de Televisa, y un año haciendo programas en Miami para la televisión hispana.

P.- ¿Qué te parece la televisión que se está haciendo ahora en España?

R.- A mí me gustaba hacer inventos. Por ejemplo, en el programa *Vivir para ver* quise crear una cuarta pared, como en el teatro, con público detrás. Era como la trastienda. De vez en cuando me volvía para preguntarles qué opinaban. Pretendí hacer otro invento, que era mezclar la publicidad con los programas. Se llamaba *Super Revista*. Si un spot terminaba con un paracaidista, entonces metía una noticia de paracaidistas. Era una mistificación de la realidad con la publicidad. Pero les dio miedo crear ese matrimonio entre la publicidad y la realidad.

P.- Desde su experiencia como agricultor, ¿cuál es el problema más acuciante del campo español?

R.- Es terrible. Ayer mismo, sin ir más lejos, hice una descubierta por la frutería de unos grandes almacenes y comprobé que, de las treinta frutas que había a la venta veinte procedían de América: de Perú, Ecuador, Paraguay, Canadá, Estados Unidos... O de Israel y Sudáfrica. La aviación está cambiando el mundo. Un avión puede cargar con ocho pesados contenedores de fruta. Igual que lleva ocho tanques. Ya no es necesario el barco y la fruta puede llegar de otro país en 24 horas. Eso altera los precios. Un aguacate sale de Perú a sesenta céntimos y aquí puede venderse a dos o tres euros, en lugar de los cinco euros que cuesta producirlo en Granada.



P.- ¿Cómo es ahora su relación con el País Vasco?

R.- Tengo allí familia y me considero muy bilbaíno. Los bilbaínos somos primero bilbaínos y luego euskaldunes. Los guipuzcoanos son otra cosa y los alabases no sé lo que eran ni lo que quieren ser. Los bilbaínos somos bilbaínos, sin que eso quiera decir que no haya una aristocracia guipuzcoana. Puede ser. Una aristocracia euskaldún.

P.- ¿Qué retrato harías del momento político que estamos viviendo? ¿Piensas votar en las próximas elecciones?

R.- Claro que voy a votar. Me gusta votar. También me gusta la ficción. Hace diez o doce años publiqué en el diario *El Mundo*, lo que podría encontrarse la

princesa Leonor cuando alcanzara los dieciocho años. Era un reportaje ficción de cómo sería España en 2023. No se han cumplido casi ninguna de mis previsiones, salvo que jurará en breve la Constitución. Imaginaba que a estas alturas habría un Estado federal, entre España y Portugal, cuya capital sería Lisboa, en lugar de Madrid. Y Ruiz Gallardón podría ser el primer ministro de ese nuevo país, pero se malogró. Era una especulación.

P.- Tampoco imaginaba que estaríamos ahora como estamos...

R.- Posiblemente, dentro de una decena de años se materialicen las aspiraciones que pueden tener algunas comunidades. Pero eso también constituirá un paso hacia una nueva federación, en el que la monarquía podría ser más importante que ahora, si nos asociamos con Portugal.

P.- ¿Piensas escribir algún otro libro?

R.- No, porque ya he desenterrado muchas cosas. He exhumado muchos recuerdos y también he enterrado otros. Y no los quiero ni considerar. La capacidad de olvidar es muy importante. A veces hay que ser un poco desmemoriado.

P.- ¿Es poco partidario de ajustar cuentas, de pasar factura?

R.- No haber tenido descendencia, después de 45 años de matrimonio, me hizo muy libre. Quien no tiene hijos o está soltero tiene unas prerrogativas que puede hacer uso de ellas. Una es no pensar casi en el futuro, porque tú no tienes futuro; son tus hijos los que lo tienen. Eso te concede mucha libertad. Yo he sido muy libre porque no me sentía obligado. Mis necesidades no han sido nunca muy importantes.

P.- ¿Qué es entonces lo más preocupante para ti?

R.- Lo más grave que está ocurriendo en este país, y que no lo veo publicado en ningún sitio, es que hay



1.800.000 hijos únicos. Hijos que no tienen necesidad de trabajar, ni problemas de vivienda, por mucho que nos empeñemos. Tienen los pisos de los abuelos. Los hijos únicos son auténticos dictadores en cada familia, disponen de muchos medios. No se les compra por 400 euros al mes. Se equivocan quienes

crean que pueden comprar su voluntad, porque no lo necesitan. Los abuelos les pueden dar esos 400 euros. Esos abuelos pertenecen a una generación muy ahorradora.

P.- ¿No sería mejor que en lugar de cheques les dieran un trabajo?

R.- Sí, pero no quieren. En primer lugar, porque no necesitan trabajar. Van a recibir una gran herencia. Durante la pandemia, ¿cuántos españoles han fa-

llecido? Lo ignoro. Que me digan la cifra auténtica. Se han vendido automóviles carísimos después de la pandemia. Mucha gente ha recibido herencias, porque ha muerto una generación que ahorró mucho, aunque tuvieran una carnicería, una ferretería o fueran fontaneros. Hay gente que se fue a Alemania y volvió con dinero. Tiene que hacerse cargo de esto un sociólogo o un Leguina.

P.- ¿La inmigración nos puede sacar de esta crisis demográfica?

R.- A los octogenarios nos están cuidando ellos. Como la mujer que tengo yo ahora, una hondureña con la que me he vuelto a casar. Es la mujer que cuidaba también a mi fallecida esposa. Han tenido que llegar doscientas mil mujeres de Hispanoamérica para cuidar a esos abuelos a los que no cuidan sus nietas, esas hijas únicas. Esos nietos no es que no quieran trabajar, es que no quieren ni cuidar a los abuelos.

P.- Fernando G. Tola hizo un programa en TVE que se llamó *Si yo fuera presidente*. ¿Qué harías en caso de que lo fueras?

R.- Yo aquí haría lo que hacía la aristocracia inglesa con sus hijos: ducha fría y pescado con espinas. De esa manera, los chicos a los cinco o siete años ya son capaces de todo. Así hicieron los ingleses un imperio.

Marañón y las élites líquidas

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Ha perpetrado Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, hijo de su padre y nieto de aquel Doctor Marañón que alcanzó fama de gloria nacional a mediados del siglo pasado junto a figuras como Ortega, Ayala y otros, casi todos encantados con la II República y pronto desencantados, una entrevista en el diario *El Mundo* que ha pasado casi desapercibida en la batahola de desgracias patrias, pero que merece una revisión a fondo por demostrativa



de las miserias morales de una cierta élite madrileña, más que española, club de señoritos del foro que han parasitado cualquier intento serio de sociedad civil con capacidad para influir, en un sentido democrático, sobre el poder político porque, sencillamente, no han sido nunca más que un apéndice de ese poder. Un tipo curioso este Gregorio de fina estampa, más conocido en los ambientes madrileños como «Gregorito» Marañón,

hombre discreto siempre en la sombra, modelo de perfecto condotiero cínico y falso al servicio de un amo, que en el momento más bajo del ciclo político

de Pedro Sánchez, cuando amenaza tormenta perfecta sobre el entramado vital del buscavidas, viene a declararse su más rendido admirador, el fiel «servant», el intelectual orgánico dispuesto a sacrificar su prestigio, si lo tuviera, en el mercadillo de baratijas peronistas que el sujeto ha instalado en la Moncloa. ¿Supremo acto de arrogancia, o llamativa pérdida de ese instinto básico que le ha mantenido a flote en la sociedad madrileña durante cinco décadas?

Porque Gregorito resume muchas décadas de vida española desde lo más alto de la pirámide social. Nieto de su abuelo e hijo de Gregorio Marañón Moya, un diplomático, franquista convencido, a quien el general no sabía cómo quitarse de encima («Pero dígame una cosa, Marañón, ¿usted dónde trabaja?» le espetó un día, anécdota muy celebrada en los mentideros del régimen), el niño Gregorio salió peor persona que el padre pero mucho más inteligente, y sobre todo salió «progre», circunstancia directamente relacionada con aquel polo de influencia que en su vida fue el Banco Urquijo, la fuente donde abrevaba lo más granado de la «intelligentsia» patria en los sesenta y setenta del siglo pasado, banco en el que el citado se desempeñó como director general entre 1975 y 1983. Mucho antes, ya bajo la dirección de Juan Lladó, el Urquijo se había convertido «en el primer banco industrial, en el mayor grupo empresarial privado y en la institución económica de mayor nivel intelectual y proyección internacional de España» (Núria Puig y Eugenio Torres. *Banco Urquijo: un banco con historia*). Una entidad financiera donde los negocios caminaban del brazo de una política cultural (gente nada sospechosa como Zubiri o Carande encontraron un hueco en el Urquijo de la mano de Lladó) convertida en rara avis en el desierto que España era entonces en la materia. Gregorio contacta en el banco con Jaime Carvajal y Urquijo, sucesor de Lladó en la presidencia e íntimo amigo del todavía príncipe Juan Carlos, con quien compartió pupitre en Las Jarillas, un Juan Carlos I que poco después haría marqués de Marañón al padre de Gregorito.



Pero, Señor –le espetó alguien en Zarzuela–, eso de que pretendáis honrar al padre haciendo marqués al hijo suena un poco raro. Y el Rey sonrío, se encoge de hombros y musita

–Pues sí, suena raro, pero me lo ha pedido Jesús Polanco.

Porque ya para entonces Marañón y Bertrán de Lis había contactado con el que sería segundo gran pilar de su vida, ascensor imparable al cielo de la nomenklatura madrileña de la que el sujeto no se ha apeado nunca. Ocurrió que en la cartera del Urquijo figuraba una pequeña participación en la Cadena SER de radio, paquete que Gregorio se apresuró a poner por cuatro peras en manos de Polanco y el grupo Prisa. Del editor fue Gregorito auténtico escudero, el hombre de los recados que requerían de un embajador de cierta

altura capaz de despejar dificultades ante políticos y financieros, pero también el tipo dispuesto a coordinar las operaciones más sucias (caso de la expulsión de la carrera judicial de Javier Gómez de Liaño tras el escándalo Sogecable) y de deslizar las peores amenazas.

–Oye, Fulano, traigo un recado del jefe. Tienes que vender tus acciones en Prisa.

–Y eso ¿por qué?

–Porque Jesús me lo ha pedido. Por lo visto eres amigo de algún periodista que está haciendo daño a esta casa.

–Pero qué me estás diciendo, Gregorio, somos amigos desde la infancia, siempre juntos, ¿cómo me puedes pedir que venda las cuatro acciones que tengo?

–No te quiere dentro, y no creo que te convenga tenerlo como enemigo.

–¿Pues sabes lo que te digo? Que no las voy a vender.

–Pues atente a las consecuencias.

Y cuando Felipe González le ofrece ser ministro de Cultura, «Jesús del Gran Poder» le reprende despectivo, para qué necesitas tú ser ministro, Gregorio, si lo tienes todo en el grupo, todo a mi lado, y en efecto Gregorio rechaza la cartera porque él ya desfilaba en la cofradía del papa Polanco, un Gobierno dentro de otro Gobierno, tanto o más poderoso que el que presidía Felipe en la España de la transición. Gregorio lo ha sido casi todo en el grupo Prisa, aunque quizá no lo que algún día soñó ser, nada menos que sucesor de Polanco al frente del grupo tras la muerte del tycoon, desplazando a un Cebrián que se creía en posesión de todos los derechos, aspiración de la que le disuadió su gran amigo Matías Cortés («Jesús nunca dio un paso sin consulta previa a Gregorio y Matías»), probablemente uno de los tipos más malos, más listos y más mordaces que han desfilado por la escena madrileña.



El Urquijo, el grupo Prisa y, naturalmente, el PSOE. El trípode sobre el que ha basculado la singladura vital de Gregorito Marañón. Responde el sujeto a la periodista Leyre Iglesias en *El Mundo* que el PSOE de Sánchez «es un partido socialdemócrata con un liderazgo muy fuerte», liderazgo deslumbrante, en su opinión, porque «Pedro Sánchez ha sido el primer español que asume la presidencia de la Internacional Socialista». Mucho más grave, mas lacerante por falso, es el intento de justificar las políticas puestas en marcha, las tropelías cometidas por Sánchez y su banda, con el argumento de «La incomprensible negativa de Albert Rivera a Pedro Sánchez» [a formar Gobierno, se entiende],

un Sánchez que jamás deslizó, que se sepa, oferta alguna de coalición al líder de Cs, de donde se colige que el culpable de que el buscavidas que nos preside se haya echado al monte de la radicalidad con comunistas, separatistas y filoetarras no es ni más ni menos que Rivera. Y ahí tenemos al II marqués de Marañón formando parte de esa masa de votantes que, a pesar de lo ocurrido desde 2018 a esta parte, no solo disculpa los desafueros cometidos por Sánchez contra la Constitución, sino que le considera una pobre víctima de la intrínseca maldad de la extrema derecha y la derecha extrema».

Es difícil encontrar en Madrid alguien que hable bien de Gregorito Marañón, pero es todavía más difícil que alguien le critique en público, o hable mal de él en los medios, auténtico milagro, prodigio del silencio cómplice de tantos. El genio del personaje se asienta sobre los cimientos de una humildad impostada que le lleva a mantenerse siempre callado, a no manifestarse, no significarse, vistoso mascarón presente en todo tipo de saraos, porque Gregorito da lustre, Gregorio siempre sonríe y mira, sonríe y calla, jamás arriesga, jamás enseña la patita, posicionamiento pedestre que le ha elevado a la categoría de «hombre de consenso», la basura del «consenso», ese artificio retórico sobre el que bascula, cual arbotante huero, la ausencia de compromiso, el silencio cómplice, el miedo a hablar, a criticar a quien maneja el ovillo, a decir la pura verdad, que toda potencial virtud cívica ha sido aquí sacrificada en el altar del favor mutuo, del hoy por ti mañana por mí, del «me debes una», arrabal ideológico que desembocada en el cul de sac de una sociedad civil inexistente, la asquerosa buena sociedad (¿suciedad?) madrileña, que no española, de la que el susodicho es eximio representante. Casi 81 años mirando por

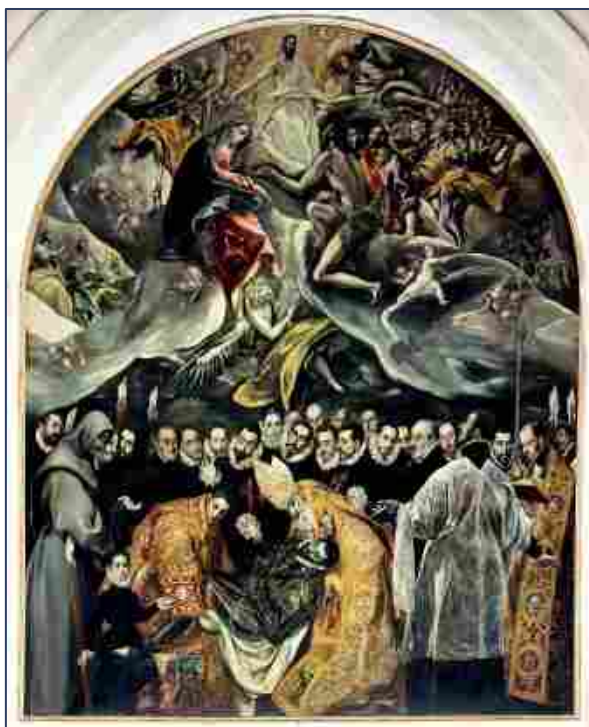


encima del hombro a la mayoría, pero lamiendo el trasero a los realmente poderosos. Y hay muchos «Gregoritos» en Madrid, montones, hombres y mujeres, gentes que ocupan posiciones de algún relumbrón no para servir al cargo, sino para servirse del mismo. Gente que vive del tráfico de influencias, del cobro de comisiones, tipos oscuros con alma de delincuentes que han hecho mu-

cho daño al ecosistema madrileño y, en consecuencia, al español, a la urdimbre de esa España carente de una sociedad civil valiente a fuer de democrática, capaz de actuar de contrapeso frente a los excesos de un poder hoy concentrado en el piernas que maneja el BOE.

Y como hombre de «consenso» que es, Gregorito quiere arreglar «lo de Cataluña» con más pleitesía al nacionalismo. Más consenso, más cesiones, más dinero. Dice el personaje en *El Mundo* que «La situación catalana está mejor hoy que cuando terminó el mandato de Rajoy», y que «la transferencia de la educación fue un error capital que Aznar hizo para poder gobernar. Cuando se le critica tanto a Sánchez, yo creo que sus concesiones no son más graves

que las de Aznar», afirmaciones que casi rozan lo obsceno porque Aznar no indultó a los condenados del «procés», no abolió el delito de sedición y no se encamó, que se sepa, con los herederos del tiro en la nuca. Y tan culpable como Aznar, Rajoy, según él, porque «Rajoy no quiso sentarse con Mas. Yo creo que eso marcó un punto y aparte, que precipitó la fuga de Mas y sus consecuencias». La fuga de Mas hacia la independencia, se entiende. De modo que nada de aplicar la ley o, si se quiere, hacer cumplir la Constitución en Cataluña, principio que cualquier Gobierno decente debería utilizar como exclusiva aguja de marear. Gregorito, como tantos otros, es partidario de seguir negociando, de seguir regando al nacionalismo con pasta para que un siglo de estos nos quiera un poquito. «Habrá que pactar qué cierre se le puede dar al tema de Cataluña y del País Vasco dentro del Estado. Ese cierre debe pactarse primero entre PSOE y PP, y luego con los propios partidos nacionalistas periféricos». Entiendo que se trata de ofrecerles una mayor autonomía, inquiere la periodista, a lo que el pibe responde:



«Cataluña pide un Concierto. Pero, claro, un Concierto solo se puede pactar con Cataluña si se resuelve el problema de una manera definitiva». La distancia que separa la risa del llanto. La desesperación que producen las conductas de tanto traidor acomplejado ante el separatismo.

Gregorio, tan fino, tan sutil, tan elegante, tan enemigo de ese «olor a ajo» que desprende el PP, no le hace ascos, sin embargo, a practicar con el PP ese arte llamado tráfico de influencias del que es especialista. En 2014, pleno Gobierno Rajoy, tuvo lugar la celebración del IV centenario de la muerte del Greco, acontecimiento para el que don Gregorio, toda una autoridad en Toledo, dictó órdenes directas a

Moncloa sobre qué hacer, cuándo y con quién. «Todo lo que él dijo se hizo realidad». Se hizo mucho más y de peor calidad, porque el personaje llamaba a Presidencia con todo tipo de recomendaciones para colocar amigos en puestos, cargos y sinecuras varias. «Oye, que tengo un nombre para que pongáis en Patrimonio», y así fue como un amigo de Gregorito Marañón ocupó la presidencia de Patrimonio Nacional. Por citar solo un caso.

Sostiene Gregorio que «personalmente creo que todo lo que se pacta es bueno para la convivencia» (sic), sobre todo para el negociador, en general, y para su bolsillo, en particular. El triunfo de esa portentosa amoralidad que ha enseñoreado Madrid durante la transición. En los últimos años, el señorito

se ha hecho fuerte en el Teatro Real (TR), la mayor institución cultural española, como presidente del Patronato de su Fundación. Entrar en la página web del TR es un ejercicio de masoquismo o, si se quiere, una exaltación de lo absurdo, porque uno se tropieza, en una escala que va de más a menos a la hora de soltarle la guita a don Gregorio, con «mecenases principales», «mecenases», «patrocinadores», «colaboradores», «benefactores», «grupos de comunicación». «¿Todavía no eres amigo del Teatro Real», pregunta Gregorio desde el backstage. Y en el apartado «órganos de Gobierno» encontramos el Patronato, los Patronos natos, los Patronos, los Patronos de honor, la Comisión Ejecutiva, el «Consejo Asesor» («personalidades de reconocido prestigio») que preside Antonio Muñoz Molina, el «Círculo Diplomático» plagado de embajadores, el «Consejo Internacional» con otros tropecientos miembros, la «Junta de Amigos», más de lo mismo... ¿Todavía no eres amigo del Teatro Real?, vuelve a resonar la voz atiplada de Gregorito. Porque si no estás en alguno de esos renglones en los que tiene cabida media España y parte del extranjero, es que no eres nadie, querido amigo, eres un piernas que no ha merecido la atención de Marañón y del fastuoso tinglado por él montado en torno al Real, un montaje, nunca mejor dicho, capaz de avergonzar a cualquier gerente dispuesto a manejarse con criterios de racionalidad y sentido común.

Dicen que Marañón y Bertrán de Lis no tiene sueldo asignado en el TR, pero cabe suponer que no lo necesita. El Teatro es su plataforma, su cortijo, su «cigarral» desde el que «el jurista, empresario y académico» hace negocios,



vende influencias y trafica con la amistad (y la enemistad también). Y luego están los gastos de representación que dan mucho de sí, escandalosamente de sí, según fuentes del propio TR, gastos que sería necesario auditar con cierta meticulosidad para evitar agujeros como el que el Gobierno Rajoy se encontró con la Fundación Ortega, que también preside, como preside un buen número de empresas y negocios. Marañón, que acusa a Alfonso Guerra de «estar fuera de su tiempo» por negar a Sánchez, afirma que «es un acierto para nuestra democracia que estas personas [de EH Bildu], en vez de

estar en sus posiciones anteriores, estén hoy transitando por las sendas de nuestra democracia». Que se lo digan a las víctimas de ETA o a los vascos que huyeron del terror etarra al resto de España, y les pregunten si estarían dispuestos a volver a su tierra ahora que los terroristas «están transitando por las

sendas de nuestra democracia». Parodiando a Zygmunt Bauman, el sociólogo, filósofo y ensayista polaco que acuñó el concepto de «modernidad líquida» (también el de «sociedad líquida»), cabría decir que Gregorio Marañón, sanchista de pro, es el prototipo de esas «elites líquidas» españolas («la ley debe adecuarse a las circunstancias históricas de cada momento») vendidas al mejor postor, que han traicionado a este país para alimentar su vanidad y engordar su bolsillo, y en gran parte son responsables de la situación pavorosa que hoy ofrece nuestra democracia.

ESPECIAL